

PASO CUARTO.

UN MATRIMONIO AFLUIDO.

Mas tanto padecer y tanto lloro
No pudieron su imájen destruir!
G. GUTIERREZ.



Sentado en una silla y abatido
Félix en casa de don Braulio se halla,
Fijos los ojos en la triste vela
Que alumbra moribunda la ancha sala.

“¡Insensato de mí!... ¿de qué han servido
Tantos años de afán, el triste esclama,
Y de trabajos y de horribles penas
Sin un momento disfrutar de calma?...”

Heme aquí sin destino, sin apoyo,
Y con baldon lanzado de la casa,
Por un amo crüel que á mis esfuerzos
Debe en parte el caudal que jira y gasta.

Heme aquí de un capricho vil juguete,
De una pasión quimérica é insana,
Y olvidados por ella los servicios
Y mis tormentos y vijilias tantas.

¿Adónde, adónde he de ir, cuando parece
Que el dependiente lleva una honda marca
En la frente, que dice que *es esclavo*
Del hombre á quien servir fielmente trata?...

¿Es acaso un delito, es algun crimen
Ser dependiente, y abrigar un alma
Que ver no pueda indiferente y fria
De una mujer anjelical las gracias?...

¡Ah!... todo lo he perdido en un instante!...
¡Todo!... sí... hasta la plácida esperanza!...
Renunciar es preciso á la ventura
Y al peso sucumbir de la desgracia!...

¡Y mi mujer!... ¡mi Soledad querida!...
¡Mi existencia, mi bien... la alma de mi alma!...
¡Desventurado!... separarme de ella
Es preciso y aquí sola dejarla!...

Sola, sí; pues no quiero que conmigo,
Ya que la suerte mia es tan precaria,
Tenga la pobre que vivir por siempre
A la miseria horrible condenada.

No: viva ella feliz en este mundo:
Del hombre sea que riquezas guarda,
Y yo que de su dicha soy escollo,
Pondré fin á mi vida desgraciada.

Sí: la muerte es un bien para el que sufre:
Para el que vive, como yo, sin calma;
Y con ella felices á otros séres
Hace que existen entre crudas ansias.

Sí; del ardiente sol la luz primera
Lejos del sitio donde está mi amada,
Un cadáver horrendo, frio y pálido,
Alumbrará, sin compasion, mañana. —

De Soledad la voz se oyó á este tiempo
Que de Félix el nombre pronunciaba,
Y á muy poco corriendo y aflijida
Salió á donde él tan triste se encontraba.

—¡Ah!... todo, Félix, todo lo he sabido;
Abrazándole dijo con tierna ansia:
Te despide don Braulio, te despide,
El mismo me lo ha dicho, de su casa.

Mas no debe causarte esto tristeza,
Sino placer como el que á mí me causa:
Placer porque así libres nos veremos
De su pasion, por nuestro mal, volcánica.

Pretende separarnos: arrojarte
De esta mansion, ya para mí satánica,
Procurando que quede con él sola;
Mas ¡ah!... cuánto, mi Félix, él se engaña!...

Desde hoy vivir no quiero con ninguno,
Sino contigo á quien mi pecho ama:
Contigo, cuyos pasos siempre, tierna,
He de seguir por donde quier que vayas.

¿Quién te queda en el mundo, amado esposo,
Sino aquesta mujer que te idolatra?...
¿Quién, si yo te abandono, ha de cuidarte,
Ni ha de enjugar tus amorosas lágrimas?...

No: jamás dejaré tu compañía:
Ese monstruo sabrá cuánto te ama
Esta infeliz mujer que le aborrece
Porque mi ruina con la tuya labra.

Tu misma suerte debe ser la mia:
Que te ame el cielo, sin cesar, me manda;
Y este mandato es demasiado grato
Para que sorda á mis deberes me haga.

Mi deseo es seguirte á donde fueres,
Y oír á cada instante tus palabras;
Y morir á tu lado, consagrándote
Hasta la muerte la pasión de mi alma.

No logrará don Braulio que me quede,
Cuando á tí de su lado te separa;
A tí que por mi amor tanto has sufrido:
A tí que infeliz eres por mi causa.

—¿Qué delirio es el tuyo, hermosa mía?...
No: tú debes quedarte en esta casa:
Tú no debes seguir á un desdichado
Que hacer no puede por tu bien ya nada.

¿Por qué tiembblas, hermosa, por qué tiembblas
Soledad, y te miro triste y pálida?...
¿Qué peligros nos cercan?... ¿no me miras
A mí contento y con quietud el alma?...

¿Temes, Soledad mía, me suceda
Alguna nueva y hórrida desgracia?...
No: desde hoy conclusion tendrán mis penas;
El sol, tranquilo me verá mañana.

Solo pedirte, Soledad querida,
Quiero, por la vez última, una gracia.
Dí, ¿me la negarás?...—¡Ah!... ¿qué podría
Negarte yo, cuando te adoro?... habla.

—Nada: lo sé: pues bien, sabes que tengo
Que abandonar por siempre esta morada,
Y con ella al sér bello que idolatro,
Como á un ángel del cielo se idolatra.

Por este mismo amor yo te prohibo
El que abandones esta hermosa casa,
En donde siempre has de vivir siquiera,
Si no feliz, sin que te falte nada.

Pero también te ruego, hermosa mía,
Que al escuchar mi nombre donde te hallas,
De compasión interna me consagres
Un recuerdo amoroso y una lágrima.

¡Ay! á lo menos esta dulce idea
Que lleve de tu amor, idea plácida,
El último consuelo será y único
Que al espirar ecsistirá en mi alma.

—No sé que noto de siniestro, Félix,
Que de espanto me llena, en tus palabras.
¡Ay!... qué misterio encierran tus acentos?...
Félix, por compasión... por piedad, habla.

¡Ah! me quieres dejar sola en el mundo
Al infortunio bárbaro entregada...
¡Ah, Félix! sí; mi corazón amante
El fin sangriento tuyo me presajia...

Mas no: jamas he de dejar tu lado:
 ¿Quieres verme infeliz.... desesperada?...
 ¡Ah!... ¿qué será de mí cuando me vea
 Del hombre á quien adoro, abandonada?...

—Ved á qué las promesas se reducen
 De los amos crüeles que nos mandan...
 Dijo don Félix, sin haber oido
 De Soledad las últimas palabras.

¡Y quieren vijilemos por sus bienes!...
 Cuando ellos ¡ay! sin compasion nos tratan!...
 He aquí mi recompensa: la miseria
 O la muerte fatal... ved mi esperanza.

—No vuelvas, Félix, por piedad, no vuelvas
 A pronunciar esa última palabra...
 Esa palabra muerte, que la sangre
 Ha helado que en mis venas circulaba.

A pronunciar no vuelvas, no, si quieres
 Que no muera de pena al escucharla...
 No: no te dejaré jamas: lo juro:
 Soy tu mujer... soy tu mujer, y basta.

Mas quiero todas las desdichas juntas
 Contigo, Félix, porque el pecho te ama,
 Que todas las venturas de la tierra
 Si tengo de vivir de tí apartada.

—Sosiégate, sí, Soledad: no tiene
 Porque azorarse tu sensible alma:
 Te he dicho que feliz seré muy pronto;
 Y que ningun peligro me amenaza.

—¿Ninguno?... Pues bien, Félix, te lo creo;
 Mas que te crea solo, no, no basta
 Para quedarme aquí: yo he de seguirte;
 Y variar no me hará, te juro, nada.

—No: nunca Soledad, consentir puedo
 Que de aquesta mansion hermosa salgas;
 Pero si á mi pesar, tú me siguieses,
 Creeria que era porque no me amabas.

Siquiera este placer, Soledad, dame:
 No te vea sufrir mas por mi causa...
 No siempre desgraciados viviremos...
 La ventura tal vez está cercana.

—Tú mismo no lo esperas, y tan solo
 Lo dices por calmar mis duras ansias.
 —No: Soledad, mi corazon me anuncia
 Que venturosos dias nos aguardan.

—Pues ¿por qué tanto empeño en que me quede,
 Y en que contigo, á donde vas, no vaya?...
 —Porque verte á mi lado padeciendo
 No quiero ya, pues tu dolor me mata.

Porque no quiero verte melancólica...
 Porque no quiero ver correr tus lágrimas...
 Y porque, en fin, seré mas venturoso,
 Que vives tú sabiendo en la abundancia...

Esto es en tanto busco yo un destino
 Para pagar una pequeña casa;
 Porque ahora, Soledad, ¿cómo te llevo,
 Cuando me encuentro, en mi dolor, sin nada?...

—Pero si ¡ay Dios! de México te ausentas?...
 ¡Si me olvidas!....— Jamas!.... dentro del alma,
 Tu imájen, Soledad, está muy viva...
 ¡Olvidarte!... yo te amo como me amas!...

No: en pocos dias hallaré destino
 En esta capital... la Virgen santa
 Que al desdichado ayuda cariñosa,
 Mis ruegos ha de oír, esposa amada.

—¿Por qué, Félix, por qué tu tierno pecho
 Con esa vehemencia ardiente me ama?...
 Para que siempre desdichado seas
 Que por mí te intereses solo basta.

—¡Yo desdichado!... yo!... cuando mi suerte
 Envidia á todos en el mundo causa...
 Cuando eres mía, y con afan procuras
 Calmar mis penas y enjugar mis lágrimas!....

¿De qué á don Braulio sus riquezas sirven?...
 ¿Su magnífico tren?... su ajuar?... de nada!...
 Por una tuya plácida sonrisa,
 Todo al instante, todo lo cambiara...

¡Y que soy desdichado, dices, bella!
 Mas ¡ah! que el tiempo sin descanso pasa...
 Voy á arreglar mis cosas... hasta luego...
 Soledad, sin cuidado ya descansa.

—¿Te vayan pronto, Félix?...— Sí; es preciso:
 De aquí quiero salir á hora temprana;
 Pero antes quiero, Soledad hermosa,
 Que me des un abrazo, mujer cándida.

—¡Ah!... sí; y en él mi amor y mi existencia,
 Y si es posible, mi sensible alma....
 —¡Y el último será!... dijo don Félix
 Entre sí, con tristeza, al abrazarla.—

Y despues de un instante de silencio
 Mas elocuente aún que las palabras,
 Félix salió con paso presuroso,
 Dejando á Soledad vertiendo lágrimas.

“No sé gran Dios que noto yo en su rostro,
 Dijo al quedarse sola, que me espanta...
 Ese abrazo tan tierno... esas caricias...
 ¡Ah!... yo tiemblo... yo tiemblo... desdichada...”

Un terrible y fatal presentimiento
 Me oprime el corazon y me acobarda;
 Y la infeliz cayendo de rodillas,
 Esta oracion alzó sobresaltada.



“Madre de eterno amor, Virgen Maria,
 Tú que ves de mi pecho la agonía
 Que me hace padecer,
 Ten piedad de esta tu hija infortunada,
 A quien el mundo deja abandonada,
 En medio del peligro á perecer.

“Ten piedad, ten piedad: mira mi llanto
 Correr por mis mejillas, del quebranto
 Mostrando la señal.

En tus manos se encuentra mi destino:
 Mi fuerza es poca, tu poder divino,
 Y tu cariño inmenso hácia el mortal.

¡Ah!... consuela tú mi alma, Virgen pura,
 Vela sobre mi esposo de tu altura,
 Madre de bendición.

No le abandones, madre, ni un momento,
 Y para padecer préstame aliento;
 Y alcance, si te ofendo, tu perdon.”



¡Ah!... parece, exclamó del suelo alzándose,
 Que la tranquilidad torna á mi alma;
 Y ese bien ¡ay! que al invocar sentimos
 El nombre tierno de la Virgen santa.

Y á salir de aquel sitio la infelice
 Agarrando la luz se preparaba,
 Cuando don Braulio entró sumiso y tierno,
 Mas con risueño rostro, á donde estaba.



Soledad, sin duda
 Que el mirarme aquí,
 Ha de sorprenderos
 A hora impropia, sí.

Mas cuando yo os diga
 Que el deseo en fin
 De ver á don Félix
 Contento y feliz,

Me guia á esta sala
 Do que os ama ví,
 Espero que tierna
 Me hais de recibir.

— ¡Ah! hablad: nada: nada
 Me interesa á mí
 Tanto cual la dicha
 De ese hombre infeliz.

Sabeis ya, don Braulio,
 Que le debo mil
 Atenciones finas
 En el mundo vil.

— Lo sé; y por lo mismo
 Vengo á corregir
 El mal que he causado
 Bello serafín.

Vengo á proponeros
 Un medio feliz,
 Por el cual se quede
 Para siempre aquí.

— ¡Ah! y ¿cuál es, don Braulio? ..
 ¿Cuál es, ¡ah! decid;
 Decid, que no hay cosa
 Dura para mí.

— Una sola puede
 Salvarle, ¿lo oís?
 — Y es ¿cuál?... — Olvidarle
 Para siempre aquí.

Que no le ameis tierna
 Con pasión sin fin,
 Soledad hermosa....
 Que no le ameis, sí.

— ¿Qué no le ame!... cielos!...
 ¡Que no ame pedís
 Al que es mi existencia...
 Mi hermano... ¡ay de mí!...

¡Que no ame al fiel hombre
 Que tanto á sufrir
 Por mí en este mundo
 Llegó el infeliz!....

No: nunca... primero
 Vereisme morir....
 Yo le amo... yo le amo
 Con fiel frenesí.

— ¡Ah!... cuánto os envidio
 Don Félix, aquí!....
 Yo soy desgraciado....
 Vos sois el feliz!....

— ¡Envidiar á un hombre
 A quien despedís
 De la vuestra casa
 Como á cosa vil!....

¡A un hombre sin bienes,
Con tormentos mil,
Que mas bien no tiene
Que mi amor aquí!...

— ¡Oh! cuánto, señora,
Le amais... — Mucho, sí:
Pues mi amor ya raya
En el frenesí.

— Le amais cual os amo,
Bello serafín....

— No: mucho mas grande
Es mi amor, ¡oh! sí.

— ¡Imposible! — Bueno:
Si como decís
Me adorais, don Braulio,
Mis ruegos oíd.

Dejad á don Félix
Que se quede aquí,
Y una amiga tierna
Hallareis en mí.

— ¡Oh! eso es imposible!...
¿Podria yo oír
Las tiernas palabras
Que os dirija aquí?...

¡Cómo las caricias
Podria sufrir
Que él os prodigara,
Bello serafín!....

Querer mi desgracia,
De mi vida el fin,
Soledad, es eso,
Mi muerte infeliz...:

No: solo ese medio
Os queda ya aquí,
Su olvido ó su marcha,
Al punto elejíd.

— ¡Conque no hay remedio?...
¿Mi tanto sufrir
No ablanda ese pecho
De duro marfil?...

¿Mis lágrimas tiernas,
Mi tierno jemir,
En vuestra alma no hallan
Compasion feliz?....

¡Ah!... nunca, no, nunca
Me amásteis!... mentís...
Que al objeto amado
No se hace sufrir.

— ¡Que nunca os he amado!...
 Y ¿quién ¡ay! decid,
 A ser inhumano
 Me obliga hoy aquí?...

Este amor fogoso...
 Este frenesí...
 La pasión sin límites
 Que en mí alma sentí....

— ¡Y sois insensible
 A mis ruegos mil!...
 Ablándeos siquiera
 El mirarme aquí,

Puesta á vuestras plantas....
 Ablándeos, sí,
 Verme arrodillada
 En medio el sufrir.—

A este tiempo Félix
 Entróse hasta allí;
 É hincado al mirarla
 La alzó, y la habló así.



— ¡Oh! alza del suelo: deja esa postura
 Que de ira me llena, mi fiel Soledad:
 No estés á las plantas de un hombre inhumano
 Que júbilo siente mirando tu mal.

— ¿A qué vienes, Félix? ¿A qué vienes, dime?...
 — Venia á decirte ya el último adios:
 Que anhelo mañana salir de esta casa,
 Muy antes que alumbre magnífico el sol.

Mas ya que mi dicha que encuentre á don Braulio
 Aquí me presenta tal vez al partir,
 Decirle deseo que su alma es injusta,
 Y baja y sin honra, y bárbara y vil.



Brau.— Don Félix.— S.— ¡Ah! calla... calla...

Félix.— Con libertad hablar puedo
 Ya que por fortuna ahora
 De él para nada dependo.

No: ya nada me intimida:
 Si antes viví padeciendo,
 Fué por tí: por no mirarte
 En la miseria sufriendo.

Mas de tanto hacer sufrir
Aun don Braulio no contento,
Y de hacer que uno se humille
Casi hasta el último extremo:

No contento con haberme
Tratado con menosprecio,
Ha querido que su amor
Declare á la que es mi cielo.

¡Insensato!... no sabia
Que me inspiraba desprecio;
Y que me burlaba de él
Aunque sufría mi pecho!...—

El semblante de don Braulio
Se enrojeció en el momento,
Y pronunció estas palabras,
Mal su furor reprimiendo.

—Don Félix, no me insulteis:
Temed mi furor os ruego.
—¡Vuestro furor!... como á vos
Vuestro furor yo desprecio.

—Don Braulio: no le hagais caso:
Le hace así hablar el tormento:
Dijo Soledad: por Dios,
El dolor le tiene ciego.

—Por vos, Soledad, le sufro:
Por vos á quien tanto quiero;
De lo contrario, no olvido
Que sé blandir el acero.

Soled. —¡Ah!... sí: sois muy jeneroso
Y por eso, sí, yo espero
Que le hagais se quede aquí
Al ver mi dolor acerbo.

¡Ah!... sin padre... sin hermano...
Ambos en la guerra muertos
De Yucatán... tal vez tenga
Que mendigar el sustento...

¿Quién le queda ya en el mundo
Si de mí se marcha lejos?...
¡Nadie!...ninguno.. ¡ah!... apiadaos...
No aumenteis vos sus tormentos.—

Don Braulio se conmovió
Cuando oyó que habia muerto
De Félix el padre amado
En Yucatán combatiendo.

Y con marcado interes,
Preguntó á Soledad luego.
¿Dijisteis que en Yucatan
Murió leal, como bueno?...

— Sí señor: allí murió
Noble y fiel por el gobierno;
Y llorada fué su muerte
Por todo su rejimiento.

Era coronel, y su hijo,
Jóven todavía tierno,
Que entonces era cadete,
Fué con él sin mostrar miedo.

B. — ¡Qué escucho, cielos... qué escucho!..

F. — Soledad, calla, te ruego...
No renueves las heridas
Con esos tristes recuerdos.

¿Qué importar puede á don Braulio
Que haya ó no mi padre muerto?...

B. — ¡Oh! demasiado, don Félix...
Demasiado, sí... en extremo.

¡Oh! su nombre; sí, su nombre
¿Cuál era?... hablad al momento...

S. — Fernando Iturrigarria.

B. — ¡Iturrigarria!... ¡cielos!...

¡Ah!... no hay duda, no: no hay duda...
Braulio exclamó sin aliento.
¡Félix!... Félix!... el hermano
Soy que tú llorabas muerto.

— ¡Tú!... ¡Braulio!... Mas tu apellido...
— Iturrigarria es; pero
Me ví obligado á cambiarlo
Por asuntos de gobierno.

— ¡Hermano mio!... mi hermano!...
Entonces los dos dijeron;
Y en los brazos uno de otro
Se estrecharon al momento.

— Nuestros padres nos contemplan
Desde el esplendente cielo;
Dijo Félix, tras un rato
De lágrimas y silencio.

— Y mi madre cuya muerte
Supe á mi llegada á Méjico,
Sabe no fué culpa mia
No escribirla en tanto tiempo.

Sí, Félix; yo caí á poco,
Por desgracia, prisionero,
Y ni libertad quedóme
Para escribir, ni sosiego.

Despues cuando libre ya,
La dirijí un largo pliego,
No tuve contestacion,
Ni otras cartas las tuvieron.

— Esto fué porque mi madre
En la miseria jimiendo,
Pasó á Puebla la infeliz
Llorándote ya por muerto.

Y yo en prueba del cariño
Que la guardaba en mi pecho,
Desde su muerte adopté
Su apellido y dejé el nuestro.

Y la causa aquesta ha sido
De que á pesar de mi empeño
En hallarte, nadie daba
Razon de tí á lo que veo.—

Dificil fuera pintar,
Aun al escritor mas diestro,
El placer que disfrutaba
Soledad tal dicha viendo.

Sin hablar una palabra,
Casi sin tomar aliento,
Miraba á los dos hermanos
Que allí se abrazaban tiernos.

— Félix; dijo al fin don Braulio:
Yo renuncio á mi amor ciego:
Tuya es Soledad desde ahora:
Que á ella te unas lo consiento.

Y vos, Soledad, á quien
Tanto padecer he hecho,
Dadle aquí mismo la mano
De esposa, como deseo.

— No hay necesidad, hermano,
Dijo Félix: hace tiempo
Que Soledad es mi esposa.
Y yo su esposo sincero.

— ¡Cómo!...— Sí; y aquí don Félix
Le contó ya sin rodeos,
Lo que ya el lector ha oido
Mas adelante hace tiempo.

— Desde hoy los tres, juntos siempre
Sin zozobra viviremos;
Dijo Braulio: de mis bienes,
De la mitad te hago dueño.—

Félix volvió agradecido
A su hermano á abrazar tierno,
Pidiendo de lo pasado
Ambos perdon con anhelo.

Mas dejemos á los tres
En la sala así contentos,
Y á otro punto de la historia
Que está pendiente, pasemos.